

Señor, me debéis un consuelo por la pérdida de nuestra amiga. Yo llamo pérdida a cualquier disminución de la amistad, ya que normalmente todo sentimiento que se debilita acaba por perderse. Cuando pienso en mí misma, tengo la impresión de que concedo a la amistad más importancia de la que le concede cualquier mujer; sin embargo, todo se pierde. Le ruego que me diga sin miramientos a quién debo echar la culpa, pues mis quejas deben dirigirse a alguien. ¿Será a mí misma? ¿A mis amigas? ¿O será a las costumbres de la época? En fin, corriójame si me equivoco; consuéleme si me pierdo.

Cuanto más se ha vivido, más necesidad se tiene de la amistad. A medida que la razón se perfecciona, que el ingenio se vuelve más refinado y que el corazón se purifica, más necesaria nos parece la amistad. Esto es lo que la ociosidad de mi soledad me ha hecho pensar sobre este asunto.

En todas las épocas se ha considerado a la amistad como uno de los primeros bienes de la vida. Se trata de un sentimiento que nos es innato; el primer impulso de un corazón es unirse a otro corazón. Y, sin embargo, es una queja unánime: todo el mundo dice que no existe la amistad. Todos los siglos sumados apenas nos ofrecen tres o cuatro ejemplos de una amistad perfecta. Y puesto que todos los hombres están de acuerdo en las excelencias de la amistad, ¿por qué, en interés común, no se ponen de acuerdo, por qué no se unen para gozar de ella? Estar ciegos sobre sus verdaderos intereses ha sido siempre una consecuencia del desequilibrio de los hombres. Al iluminarnos, la Sensatez y la Verdad refuerzan nuestro amor propio y nos enseñan que nuestros verdaderos intereses están en la virtud, y que la virtud nos lleva a gozar de los dulces placeres de la amistad. Veamos por tanto cuáles son los placeres y los beneficios de la amistad para buscarlos; cuál es el verdadero significado de la amistad para distinguirla; y cuáles son los deberes de la amistad para cumplir con ellos.

Las ventajas de la amistad aparecen a simple vista: la naturaleza nos dice unánimemente que, de todos los bienes, los de la amistad son los más deseables; sin la amistad, la vida pierde su encanto. El hombre está muy necesitado; cuando está solo, siente un vacío que únicamente la amistad es capaz de llenar; siempre inquieto y siempre atormentado, sólo se calma y encuentra reposo en la amistad. Un filósofo de la Antigüedad dijo que el amor es hijo de la Pobreza y del dios de las Riquezas: de la Pobreza porque siempre está mendigando; de las Riquezas por su liberalidad.¹ ¿No podría tener la amistad el mismo origen? Cuando es intensa, está siempre exigiendo afecto: las almas tiernas y delicadas sienten las necesidades del corazón más de lo que sienten las otras necesidades de la vida. Pero, como es generosa, merece también que se la reconozca como hija del dios de las Riquezas; pues uno no puede adornarse

1. Platón. En *El Banquete* 203c, Diotima explica a Sócrates las cualidades del amor, hijo de Poros (la pobreza) y de Penía (la abundancia). (*Todas las notas son del Traductor.*)

con el bello nombre de amistad cuando uno abandona a sus amigos necesitados. Finalmente, los temperamentos sensibles buscan la unión en los sentimientos: como el corazón está hecho para amar, parece en cuanto le negáis el placer de amar y de ser amado. Colmad a los hombres de bienes, de riquezas y de honores, privadles de las satisfacciones de la amistad, y veréis evaporarse todos los encantos de la vida. Las personas razonables rechazan el amor: las mujeres, en cumplimiento de su deber, y los hombres, por temor a una mala elección. La amistad os atrae, el amor os arrastra. La amistad se enriquece con las pérdidas del amor: se convierte en más tierna, más viva y más solícita. Todas las delicadezas del amor se encuentran en los compromisos de los que hablo. Una nascente amistad es algo que ilusiona: la novedad gusta y promete, y todo lo que despierta la esperanza es de un valor incalculable. La ilusión es un sentimiento que nos transporta más allá de la verdad, y que nos nubla la razón. Vemos en las personas que empiezan a agradarnos todo lo que tienen de bueno; y la imagina-

ción, que siempre es cómplice del corazón, presta a la persona amada todos los méritos que no tiene. Uno quiere a sus amigos más por las cualidades que se adivinan que por las que se les conocen. También hay amistades fugaces y de simpatía, lazos desconocidos que nos unen y nos vinculan; no necesitamos ni declaraciones ni juramentos: la confianza prima sobre las palabras. Montaigne nos habla así de sus sentimientos por su amigo:

Nos buscábamos antes de habernos visto, y nos abrazábamos a través de nuestros nombres. Y en el primer encuentro, que se produjo por azar en una gran fiesta y reunión ciudadana, nos resultamos tan unidos, tan conocidos, tan ligados entre nosotros, que desde entonces nada nos fue tan próximo como el uno al otro. Si me instan a decir por qué le quería, siento que no puedo expresarme más que respondiendo: porque era él, porque era yo.²

2. A propósito de su amistad con La Boétie: Montaigne, *Los ensayos*, libro I, XXVII, trad. de J. Bayod Brau, Barcelona, Acanalado, 2007, pp. 250-251.